

CENTRO DESCARTES-LECTURAS CRÍTICAS

Comentario de *Entre ellos*,

Richard Ford Ed, Anagrama

2017

Richard Ford escribe estas dos memorias con treinta años de distancia. La primera sobre su madre, a dos años de su muerte, en el año 1981. Y luego la del padre, cincuenta y cinco años después de su muerte, en 1960.

Entre ellos, comienza con la memoria de Parker Ford, su padre, nacido en 1906, y en un segundo apartado la de su madre, cerrando con un epílogo.

Richard Ford, no trata de hacer una reivindicación de ellos, pero sí, los transforma en dos grandes personajes como si fueran de una novela. Los sitúa como individuos separados el uno del otro y no como una unidad parental.

A poco que se adentra en la escritura, Ford advierte que el modo en que él los percibía era como ellos mismos se percibían: *solos y juntos*. El título del libro sugiere algo de eso, dice Ford: "...nacer me situó literalmente en medio de mis padres, un lugar virtual donde me protegerían y amarían mientras estuvieran vivos". Ford registra una infancia maravillosa y unos padres maravillosos. Es interesante que en esa *circunferencia hechizada de esa maravilla*, como él la llama, se percata de que lo más íntimo, lo más importante, lo más satisfactorio y necesario para cada uno, acontecía casi exclusivamente *entre ellos*. Ford refiere que eso mismo le resultó alentador: "saber que eso es así preserva un misterio de la vida cargado de esperanza: el misterio que garantiza que, aun cuando tomemos escrupulosa nota de todo, suceden muchas cosas que no entendemos" "me acerco a su otredad y se me escapan, como hacen todos los padres.", escribe Ford.

Freud, en la "*Novela familiar del neurótico*" dice que para el niño pequeño, los padres son la primera autoridad y fuente de toda fe, siendo unas figuras para llegar a parecerles. En la medida que progresa el desarrollo intelectual, el niño se va percatando de las verdaderas categorías a las que ellos pertenecen generando un extrañamiento de los padres y éste puede designarse como la novela familiar del neurótico que raramente subsiste en el recuerdo consciente y sólo puede ser factible de develar en un análisis. De hecho, la sobrevaloración infantil de los padres subsiste asimismo en los sueños de los adultos normales.

En el primer apartado "Su muerte. El recuerdo de mi padre", Richard Ford habla de sus padres antes de su nacimiento, hace de la experiencia familiar, un relato. Su padre y su madre son presentados como dos personajes principales de una novela. Sin estridencias, quiere narrarlos tal cual son. El padre vendedor de almidón y viajante para una empresa de Kansas City

conserva el empleo hasta el final de sus días. La esposa lo acompaña y se convierten en un matrimonio de la carretera. Viven en hoteles, comen en restaurantes, conocen distintos lugares del sur de Estados Unidos. Ford describe estos hechos con exactitud y formula una interrogación acerca de ellos. ¿Qué habrán sentido en esos momentos sin él?. Dice Ford: “Ser a un tiempo *hijo tardío* y *único* es un lujo [...] pues ambas cosas te invitan a conjeturar *a solas* sobre el tiempo que fue antes: esa etapa larga de la vida de tus padres en la que no tuviste parte.” [...] “¿Cuáles eran las frustraciones de mis padres? ¿cuáles eran los deseos no expresados de mi madre? ¿qué se decían el uno al otro en el coche, durante todos aquellos kilómetros a solas?”. Se pregunta si albergaban deseos de algo más pero infiere que nunca escuchó decirlos y tampoco él podría saberlos nunca.

Para sorpresa de todos, en el verano de 1943 su madre quedó embarazada de él. “Y cambió el curso de todo”. Nació en el invierno de 1944. “¿Cómo iban a arreglarse ahora? [...] ahora estaba yo”. Se asentaron en Jackson, Mississippi, un pueblo que no conocían muy bien. Su padre viajaba de lunes a viernes y los fines de semana estaban los tres juntos.

Las preguntas por las vivencias de su padre, ahora con él, continúan en el libro de una manera amorosa haciendo hincapié en su condición de hijo único donde no puede compartir esas preguntas con hermanos. Su novela individual es con ellos. ¿Qué efectos tuvo mi padre en mí? pregunta Ford mientras escribe su memoria casi sesenta años después y dilucida el período entre el ataque al corazón, él tenía cuatro años, y su muerte, cuando tenía dieciséis. Refiere que en ese período no sólo conoció a *un* padre, sino que fue la etapa en que entendió cabalmente que *tenía* un padre. Diferencia que marca el punto de separación, dice Ford: “cuando estaba creciendo a su lado, la vida de mi padre encaminaba hacia una dirección y mi vida en otra”. Ford advierte, con gratitud, que nunca hubo un desmerecimiento de eso, ni tampoco se le ocultaban cosas de lo que él debiera ser, simplemente, él era su hijo y confiaba en sus padres. En ese sentido, para Ford, escribir una memoria, es considerar la importancia de otro ser humano para tratar de acreditar lo que de otro modo hubiese pasado inadvertido. Ford puede decir que gracias al hecho de ser su hijo, es capaz de reconocer que la vida es corta y tiene imperfecciones y que casi todo desaparece, salvo el amor. “No haber dejado esta reseña de mi padre hubiese sido una pérdida verdaderamente triste”, culmina Ford.

La segunda parte, la memoria de su madre, se titula: “*Mi Madre, in memoriam*”. Se llamaba Edna Atkin y había nacido en 1910 al noroeste de Arkansas.

Reflexionar sobre la vida de su madre lo refiere como un acto de amor.

Detalla un hito en su vida a los nueve años. Por casualidad alguien describe a su madre: “Tu madre es esa mujer menuda y guapa de pelo negro, que vive (unas calles) más arriba” ante lo cual el niño queda perplejo, esa mujer era Edna Ford, su madre, pero también, era alguien más. Así comienza la segunda memoria del libro donde recorre la relación con su madre, luego viuda, luego madre y mujer.

Cuando el padre de Ford muere, Edna renuncia a la parte de sí misma que había amado a su marido. Le dice a su hijo de dieciséis años que a partir de ese momento, tenían que ser más independientes del padre muerto, que el joven tiene un futuro y que tendrán que cuidarse mutuamente. Ford recuerda que a partir de ahí se sentía ya más cargo de sí mismo. “Seríamos compañeros, recuerdo que pensé”.

En su partida a la universidad, sintió que el estar lejos cobraba un peso pero no por eso no le deseaba lo mejor a su madre. Y así fue, Edna se preparó para aquello de lo que nadie podía salvarla y se volvió más tenaz consigo misma. Nunca perdieron el compañerismo, en los viajes donde se visitaban o inclusive a la distancia.

“¿Ha tenido alguna vez alguien una relación con su madre?” se pregunta y luego de su muerte, encuentra la respuesta: “...he conocido con ella ese momento que todos deseábamos conocer, el momento de decir: *Sí. Esto es lo que hay.* Un acto de conocimiento que confirma la rotundidad de la vida y su valor más auténtico. Yo he conocido eso. He conocido con ella numerosos momentos de esos, y los he conocido en el mismo momento en que sucedían [...] y doy por descontado que los conoceré siempre”.

Volviendo a la novela familiar, y a la memoria. Para Ford, un memorialista no es únicamente alguien que cuenta las historias de otras personas, sino que también es un personaje más de esas historias. Para el escritor, siempre hay huecos, fallos, debilidades, grietas y ausencias, al mismo tiempo, que la misma escritura trata de enmendar o sellar definitivamente. De hecho, los padres, dice Ford, “nos conectan íntimamente con algo que no somos, y forjan una *“ajenidad unida”* y un misterio provechoso, de tal suerte que aún estando con ellos, estamos solos”.

Entre ellos, es un bello relato en el que la figura de los padres -cuyas existencias triviales no revisten ningún estrellato- son sin embargo exaltados por el lazo amoroso que quien escribe, tiene hacia ellos.

Vera Palmeri
Junio 2025